

Emigración

"REMESA ESPAÑOLES CRUZA FRONTERA STOP"

ANTONIO RAMOS ESPEJO

HOLANDA ha hecho otro pedido de quinientos trabajadores a España para emplearlos en los Altos Hornos de Beberwix. "URGE REMESA DE EMIGRANTES...", dirá el telegrama del solicitante. "REMESA ANDALUCES CRUZA LA FRONTERA STOP" "REMESA CANARIOS LISTA STOP", "REMESA GALLEGOS APLAZADA STOP", contestarán desde España. Hay pedidos para las fábricas, para las industrias contaminantes, las minas, los restaurantes, hoteles, servicios de limpieza. Pedidos para las vendimias. España ha ido facturando desde los años cincuenta de sus reservas de mano de obra en Andalucía, Galicia, Extremadura, Castilla, Canarias, Aragón... Destino: Francia, Alemania, Suiza, Holanda, Bélgica... Además de abastecer el consumo interior: País Vasco, Cataluña, Madrid.

En los Altos Hornos de Beberwix, la fábrica más dura y peor pagada de Holanda, sólo trabajan extranjeros, dos mil quinientos, de los que mil setecientos son españoles, casi todos andaluces, seguidos de gallegos y canarios. Hay en Holanda veinte mil españoles (treinta y cinco mil llegó a tener hace unos años), ciento ochenta mil turcos, cincuenta mil marroquíes, veinte mil yugoslavos, cinco mil portugueses, alrededor de ochenta mil trabajadores

clandestinos. Cuando entro en el aeropuerto de Amsterdam, pasaporte color verde, español, me pasan a la reserva, junto con otros dos españoles, un portugués, dos marroquíes, una japonesa, que lleva un lagarto disecado, tres jóvenes de color. Hasta este momento somos trabajadores sospechosamente clandestinos. Existe en este país una vigilancia severa. El viajero procedente de los países pobres tiene que justificar detalladamente su visita. A no ser que la mercancía humana, procedente de estos países, llegue debidamente precintada, en paquetes, en pedidos de mil, quinientos, contrato y revisión médica al día.

La fundación social que atiende a los trabajadores de Altos Hornos reserva bares para las distintas nacionalidades de extranjeros. Uno para italianos y españoles; otro para marroquíes; otro para turcos... Las residencias también están clasificadas. La fundación no es más que un escape caritativo de este modelo de sociedad. Hay dieciocho fundaciones de este tipo en Holanda, que gastan en la atención de los emigrantes cincuenta millones de florines. Casi todo el presupuesto se le va en gastos de burocracia. En un gran aparato que sirve para que el trabajador, en lugar de ir directamente a los Ministerios, a los Ayun-

tamientos, pase por estos filtros con ciertos visos de racismo. En el bar de italianos y españoles, un gallego le dice a un canario: "Yo me quedaré hasta la jubilación". "Esto de jugar a las cartas — contesta el canario — no es vida, tú. Yo ahorraré aquí hasta poner un bar en mi tierra. A ver si me tocara una quiniela, aunque sea de trece". El sueño de las quinielas corre paralelo al del retorno. Y ni uno ni otro se cumplen. Antonio, camarero en este bar, que es de Guadix y ha pasado como emigrante por Valencia y Barcelona, está apuntado en la lista de reserva de la **Pequeña Holanda**, que mueven Antonio Galván, Lorenzo Gálvez, Francisco Márquez Martín, José Troya y otros dieciséis más, que forman una cooperativa agrícola, financiada por los Gobiernos español y holandés. Muy pronto veremos a los trabajadores de la **Pequeña Holanda** trabajando la tierra de Huelva, entre el Rocio y Torrelahiguera. El de Guadix se acuerda de la espartería que montó el obispo acitano para explotar a los niños entre diez y catorce años. De la espartería salían, enfermos del pulmón, a la emigración.

La música del bar es la misma que sale de las máquinas tragaperras de Cornellá, Santa Coloma o Badalona. En la selección de las máquinas figuran Emi Bonilla, Ma-

nolo Escobar, Emilio el Moro, Peret, Los Marismeños, Los Romeros de la Puebla, con la variante de que aquí se mezclan los discos de españoles con los de italianos, como Lucio Battisti, Catherina Casselli, Adriano Celentano, para satisfacer a las dos colonias de emigrantes, concentradas en el centro.

Una especie de cárcel laboral

Antonio Galván, que pronto estará en Andalucía (quizá ya lo esté) cultivando la tierra, me lleva a la residencia de españoles, en una población cercana a Beberwix. Cuatrocientos hombres **recluidos, encerrados** en los dominios de la empresa, en una especie de **cárcel laboral**. Sus familias están en los pueblos de España. En la residencia **Arosa**, que lleva el nombre del barco español que se utilizaba antes como residencia. Cuando construyeron el edificio le pusieron a la casa el mismo nombre del barco para que los trabajadores no olvidaran la humillación de los camarotes. Trabajadores con una cerveza en la mano, o con los brazos cruzados, o leyendo una carta, o mirando al vacío de la soledad del emigrante, están sentados en un banquillo, a la entrada de la casa. Los ojos de los hombres de



De izquierda a derecha: emigrantes en la residencia Arosa, de Holanda. Daniel, presidente del Centro Andaluz Blas Infante, de Vijvorde. Con Andrés Rivero,



Los niños, el gran problema de los emigrantes. Estos chicos son hijos de trabajadores de Peñarroya en Vilvorde (Bélgica).

Arosa están quietos, clavados, rotos, como los cuerpos que se funden en los Altos Hornos, y las familias, destrozadas por la distancia. Tanta soledad, que las mujeres del pueblo, holandesas, han venido algunas veces a consolar, y consolarse, piadosamente al trabajador extranjero. Bar, cartas y cama. Y el reloj de la fábrica. Un autobús que los lleva y los trae al internado controlado.

La empresa les ha cedido un mo-

desto local a los militantes del Partido Comunista de España, que se han organizado como agrupación Alkmaar, que suena a árabe. Alkmaar es el nombre del centro urbano donde está enclavada la residencia de los Altos Hornos. Un grupo de españoles, de los que han trotado durante más de quince años por los mercados de trabajo, me llevan a la sede comunista para hablar de esta vida, que resulta inhumana. José Antonio, de Ecija, me pregunta

por los conflictos obreros de su pueblo, los enfrentamientos con la Guardia Civil, la ocupación del Ayuntamiento. Noticias de este tipo hunden aún más la moral del emigrante. Porque el paro en Andalucía, en Canarias, en Extremadura, en Galicia, aumenta día a día; el subdesarrollo que no cesa y frena el retorno.

José Aragón López, emigrante desde el 65, ha enviado su familia a Chiclana de la Frontera, por el problema de los niños. Según algunas estadísticas, más del 95 por 100, incluso el 99, de los hijos de los emigrantes no llegan a los estudios universitarios ni a tener un oficio bueno. "Estos niños, después no son ni holandeses, ni españoles, ni na... Extranjeros. Si van a España, no son españoles, porque se han tirado aquí veinte años. ¿Cómo van a ser españoles? Si están aquí, lo mismo: emigrantes para siempre. Si van a España, malo. Si se quedan aquí, casi todos se convierten en peones como sus padres".

—¿Y tú cuándo saliste de Ecija?

—le pregunto a José Antonio Rodríguez, un hombre que tiene la mirada perdida, sobria.

—Yo salí de Ecija en mil novecientos sesenta y tres. He estado ya tres veces de emigrante. He venido, he retornado... Primero fui a Alemania. Después del servicio militar emigré a Francia, y luego me vine a Holanda hace nueve años.

—¿Y la familia?

—La tengo allí por el mismo problema de los chiquillos.

—¿Se puede ahorrar manteniendo a una familia en España?

—Casi nada. El secreto está en economizar allí al máximo y sacrificarse uno aquí todo lo que pueda. Yo vengo sacando entre mil seiscientos y mil setecientos florines. Pero es que de ese dinero yo necesito trescientos cincuenta florines para mis gastos. Y el resto que se manda al pueblo no es solamente para comer, sino para ir pagando las trampas que dejé. Ya sabemos lo que cuesta comprarse allí un piso, pagar el colegio de los niños y muchas cosas. Por eso tengo que seguir aquí.

—¿Cómo es la vida en la residencia?

—La vida... Pues esto que has visto: la cerveza, las cartas, la cama... Algo de lectura y los que estamos organizados en el partido.

—A la empresa también le interesa este tipo de vida de clausura de los trabajadores, ¿no?

—Hombre, claro.

—Así están más guardados.

—Y más preparados para trabajar —aclaró el canario Heliodoro Arboló Salcedo—. Es una cosa lógica para ellos. No es fácil que salgamos por ahí; no tenemos expansión de ningún tipo; porque, ¿dónde vas a ir? Si vas al pueblo, la cerveza te cuesta más cara. Así, del trabajo



Los niños de Peñarroya. Antonio Galván, en la sede comunista de Alkmaar.

Emigración

nos traen a la residencia. Y vivimos en esta rueda.

—Entonces, lo que hacéis es vida de fábrica exclusivamente.

—Nada más. Aquí el que puede sobrellevar la emigración es el **caso** con la familia aquí. Pero para el que tiene la mujer y los hijos en el pueblo, eso es criminal.

—El Gobierno español no ha tenido en cuenta —dice Antonio García Ortega— la problemática nuestra. El emigrante se ha cansado ya de vivir fuera. Si se ha sujetado un poco ha sido por necesidad. España no ha preparado el retorno del emigrante. ¿Qué hace ahora allí un hombre que ha estado diez, quince, veinte años o más en la emigración? Vuelves al pueblo sin trabajo, como un tonto, como un cateto en la feria. El problema grave consiste en que sales del pueblo con veinte años y vuelves con cuarenta y pico y ya nadie te quiere para trabajar. Lo único que tienes cuando vuelves es un piso, si lo has podido comprar.

Un pedido de españoles

—Ahora la empresa ha hecho un pedido a España para que vengan quinientos españoles en un primer turno y otros quinientos después —interrumpe José Antonio.

—¿Cuándo tienen que venir?

—Cuando España quiera. Lo que pasa es que el Gobierno holandés quiere que sólo vengan con un contrato por dos años y después renovar si interesa. España quiere que no sea por contrato.

—Hay que analizar esta cuestión —explica Antonio Galván—. La empresa, que tiene sus buenos equipos de estudio, se ha dado cuenta que cuando han venido expediciones de españoles con un contrato por un año, los trabajadores reventaban durante ese tiempo para que le renovaran el contrato. El español hacía el trabajo de tres o cuatro. La empresa, entonces, se frotaba las manos y se abultaba el bolsillo. Pero cuando Holanda cerró las puertas a la emigración, los que estaban aquí, con el trabajo fijo, se fueron aclimatando, como lo están los trabajadores holandeses. Empezaron a conocer la seguridad social, el teléfono al que tenían que llamar cuando se ponían enfermos. Y entonces no se rendía ya como tres o cuatro. La empresa estudió este fenómeno y se dijo: "Bueno, pues aquí se trata de abrir otra vez la puerta a las expediciones". Así, vuelven a traer trabajadores con

contrato para que rindan más.

—O sea, que os tratan como mercancía y ya está —digo yo.

—Claro, ¿qué vamos a esperar? Por eso estamos aquí. Y cada vez nos recortan más las libertades para que nos vayamos nosotros y vengan otros nuevos, mano de obra de estreno —comenta el canario.

—¿Y el trabajo es duro?

—Nosotros verdaderamente practicamos el trabajo más duro. Eso es lógico, claro. Hacemos el trabajo que no quieren hacer los holandeses. A ver si no, por qué quieren traer quinientos españoles, turcos o yugoslavos. ¿No hay tantos holandeses en el paro? ¿Por qué no trabajan en los **Altos Hornos**? Porque son trabajos que están destinados nada más que a los extranjeros.

Cuando les miraban las muelas

Juan Miguel Martín salió con dieciocho años. Estuvo tres años en Francia, después en la mili y lleva en Holanda siete. Tiene ahora treinta y dos años. "Y si me tiro cinco años más —dice—, pierdo mi juventud, mi vida; lo pierdo todo".

—Pierdes hasta las muelas —le insinúa un compañero.

—Eso es lo que nos miraban antes... —añade Juan Miguel—. Cuando yo vine aquí miraban la dentadura.

—¿A los trabajadores?

—Sí, a los trabajadores. Como se la miran los gitanos a las bestias..., lo mismo. En un reconocimiento, un médico holandés no hacía más que mirarle a todos los colmillos. Hasta que un tío ya se hartó y le dijo: "¡Oiga usted! ¿Es que yo he venido aquí a masticar garbanzos?". Eso ha pasado aquí, en Alemania, en Suiza...

—¿Dónde son las condiciones de trabajo más duras?

—Las relaciones entre España y Holanda son de las mejores. Yo creo que a los emigrantes los explotan más en Suiza.

Los mercados de trabajo se rigen por sus propias leyes. En cada una de ellas, al trabajador se le reserva, si acaso, el último apartado, el destinado al ciudadano de segunda, a la mercancía humana, al paria del subdesarrollo, al esclavo del siglo XX. Holanda, mejor que Alemania; Alemania, mejor que Suiza...

"La emigración ha roto y sigue rompiendo muchos matrimonios —comenta uno de ellos al plantear el problema de las relaciones familiares—. El hombre está aquí. La



De izquierda a derecha: las madres de la emigración, en el Centro Andaluz de Vilvorde

mujer está allí. El hombre es joven y la mujer es joven. La mujer allí, pues bueno... Tiene sus deseos y tiene sus necesidades de estar con su marido. Y ocurre que aquí el hombre, pues lo mismo, y se pone a jugar a las cartas o a lo que sea. Y viene a veces la ruptura".

"Lo que verdaderamente es un hogar —piensa el canario—, se pierde. El padre está aquí y una vez al año, o dos veces, va a casa. No hay roce, no hay cariño... Y muchas veces conocen al padre porque la madre le enseña una foto y les dice: 'Este es tu padre...'"

—La emigración trae los mayores problemas en todos los sentidos —continúa ahora José Antonio—. Por eso nuestra obsesión por volver. Si tuviéramos un trabajo allí, no estaríamos de la forma que estamos. Llegas al pueblo en las vacaciones y siempre dices: "Vamos a ver si esta vez...". Pero ca... Siempre va uno con la esperanza de encontrar algo.

—¿Y los Bancos, las Cajas de Ahorros, no dan facilidades?...

—Los Bancos vienen —contesta Heliodoro— a llevarse el dinero. Aquí, en la residencia, hemos tenido hasta dos representantes de un Banco, viviendo entre nosotros, diciéndonos: "Bueno, si el cambio está a veintidós, yo te lo pago a veinticuatro; pero tienes que poner el dinero a un año de interés fijo. Y suelen picar muchos con estas cosas, con negocios fantasmas de compra de pisos, estafas. De eso se han dado muchos casos en Barcelona, por ejemplo. Desde que ocurrió lo de Sofico, la gente se anda con más cuidado. Sofico nos abrió los ojos. Todavía hay gente que pica, que le presentan un negocio fabuloso y cae por esas ganas que tiene de volver. Y luego tiene que empezar de nuevo, florín a florín.

Volvemos al bar. Una sala enorme por donde corren los florines del trabajo. El julepe, las siete y media, los montones, el jiley... Hasta mil,

dos mil florines sobre una mesa rodeada de observadores. "Es muy difícil aguantarse sin jugar. Si estamos aquí todo el día encerrados... Los que aguantamos es porque hacemos un gran esfuerzo —dice José Antonio—. Y me cuenta la anécdota del trabajador que perdió una noche veinticinco mil florines y después lloraba como un crío acordándose de sus hijos.

Residencia Arosa. He vuelto la cabeza al salir y he tenido la sensación de dejarme atrás un moderno campo de concentración.

Peñarroya, en Vilvorde (Bélgica)

Voy camino de Vilvorde. De Amsterdam a Bruselas, en el tren de las llanuras verdes. Y de Bruselas a Vilvorde. Oigo a dos españoles hablar de sus cosas. Son canarios. De la Unión del Pueblo Canario, por lo que hablan. "Oye, apúntame, que yo también quiero mandar las cuotas a Sagasetá". Los emigrantes ponen sus esperanzas, escasas, en los líderes políticos. Los canarios, en Sagasetá. Los andaluces, en Rojas Marcos. Los emigrantes con militancia más antigua, en Santiago Carrillo, Felipe González... A Suárez, ni lo nombran. Porque Suárez no representa la liberación de los pueblos, humillados por la emigración. Suárez representa, desde Bruselas, La Haya, Ginebra, la expulsión de los gallegos, andaluces, canarios, extremeños. De Bruselas a Vilvorde seis kilómetros de lluvia suave, cansina. El cielo plomizo de un domingo aburrido.

He abierto la puerta, maldiciendo esta lluvia que te pisa los talones, y he visto la verdiblanca al fondo, en una pared, con el retrato de Blas Infante y el lema: "Andalucía por sí, para España y la Humanidad". Verde, blanca y verde es esta parcelilla de tierra liberada en el éxodo. Es el Centro Andaluz Blas Infante, de Vil-



Bélgica. Sólo agrupándose en cooperativas pueden organizarse el retorno a sus pueblos, como han hecho los que han formado La Pequeña Holanda. El retorno, cada vez más difícil: muchos tienen que esperar hasta su jubilación.

verde. Los emigrantes de aquí, como Daniel Ibáñez, Rafael Luque, Emilio Estévez, Andrés Rivera, Manuel Olivares, Antonio Agredano, Juan Latorre, etcétera, son en su mayoría de Peñarroya (Córdoba). Allí les hundieron la industria petroquímica y se vinieron a la industria contaminante de Vilvorde.

"A nosotros nos echaron de allí. Como lo estoy diciendo, ¿eh? — cuenta Manuel Olivares, uno de los más veteranos. Llegó el 7 de enero de 1957—. Nos echaron. Nosotros hemos sido expulsados. Y aquí nos acogieron con los brazos abiertos y fuimos muy capaces de trabajar. Hoy en día no es igual. ¿sabes? Ya existe un racismo contra nosotros tremendo. Pero no por las autoridades, sino por los mismos obreros belgas". Este es un problema de crisis económica, cuando el obrero belga ve peligrar su puesto de trabajo, desea la expulsión del trabajador extranjero. "Cuando llegué aquí —añade Olivares— se me cayeron los pelos del sombrero. Pero cuando vi la primera quincena, me dije: 'Manolo, aguanta mecha aquí'. Al principio lo pasamos muy mal. Yo conozco españoles aquí que para comprar un huevo han tenido que hacer la gallina, ¿comprendes?, y para comprar carne de cerdo han tenido que hacer el marrano. A los cinco meses me traje a mi mujer y a mis hijos. Y aguantando, aguantando, aguantando. Por eso, yo digo ahora que Bélgica, aunque me haya perjudicado mi salud, **ole, ole, ole**, y llevo veintitrés años trabajando en la misma fábrica. Y tengo un hijo, graduado en turismo, que sabe seis lenguas. Ahí lo tienes, trabajando y a punto de ser director. El segundo es casi ingeniero. Y el tercero está estudiando para fontanero. Mis hijos son españoles, pero están acoplados a lo belga. Pero esto es culpa de España. Encima que nos echaron de allí, España ni se preocupa de los emigrantes, ni de sus hijos, ni de nada".

Los Bancos persiguen a los emigrantes

Emilio Estévez, que le toca turno en la barra del centro, se ha desplazado un poco porque tiene que decir algo antes de que se le olvide. Y así empieza en tono de cabreo imparable:

"Cuando salimos de España hubo mucha gente que se montó en el tren sin maleta, sin ropa de ninguna clase. Y llegamos a Bélgica, al Consulado, y allí en lugar de acogernos, nos daban una carta, que teníamos que renovar cada tres meses. Por esa carta nos cobraban treinta y cinco francos, cuando en mil novecientos sesenta y dos ganábamos veinticuatro. Mientras había belgas que nos daban sábanas y mantas para que nos pudiéramos arropar, en el Consulado... Y luego, los Bancos. Cuando se daban cuenta que ya teníamos cuatro perras, venían a perseguirnos. Entonces si que se acordaban de nosotros. Todavía, cuando vamos al Consulado, todavía nos miran como si fuéramos ciudadanos de segunda. Yo veo más racismo en el Consulado que en los propios belgas".

Daniel Ibáñez se acuerda del día que aterrizó en Vilvorde: 28 de abril de 1962. Son fechas que no se olvidan, por más años que se lleven aquí y ya les hayan nacido nietos, como a Rafael, que fue policía municipal y fotógrafo en Peñarroya y entre los dos empleos no sacaba para vivir. "Cuando me pensone me largo —dice—. Allí, al cambio de moneda, salgo **beneficiado**". Los hijos, sin embargo, se quedarán aquí e irán de vacaciones a Torremolinos, donde han comprado un apartamento.

La tarde del domingo sigue, irremediablemente lluviosa. Aquí dentro, con la veridablanca, parece que luce el sol lejano. Los hombres de Peñarroya en Vilvorde dejaron a miles de kilómetros la luminosidad de sus pueblos de Andalucía, las calles

blancas, la alegría de los patios, los paseos en las plazas, para consumir la vida en el trabajo, que allá abajo se les negó. Cuando Andrés Rivera salió de Peñarroya tenía diecisiete años. "Yo llegué cuando la oleada fuerte de la emigración, en mil novecientos sesenta y cinco. La primera palabra que aprendí fue 'Tout complet'. Cuando llegué a la Embajada a inscribirme me dijeron que de dónde era: 'De Peñarroya'. 'Coño —contestaron—, ¿qué pasa, habéis emigrado todos?'".

Las madres de la emigración

Carmen, por más años que lleve en Bélgica, hablará el andaluz, en plan locomotora, mezcla de sevillano-cordobés: "Mira, yo me he pues to mala aquí. Muy mala, ¿sabes? De los nervios. Cuando vine aquí y vi la estación por un lado, la fábrica por otro, más allá unas barracas, to oscuro... Como que le dije a mi marido, 'que me voy, que me voy, que no se puede aguantar...'. Con las fatigas que hablamos pasado. Pues quería irme, tú. Yo estaba acostumbrada al sol de mi Andalucía. Y aquí, nada más que lluvia. Esa lluvia tonta que te pone los nervios... Tú no te puedes hacer una idea, ¿eh? Un día y otro, y otro, y otro, lloviendo, sin parar, sin ver una **mijita** de sol, acabas con la cabeza... Una tristeza, una pena, yo qué sé, si yo me iba a volver... Como que me puse mala. Hasta que el doctor me dijo que tenía falta de sol. Y mira, yo es ver el sol y me pongo nueva. Por eso hemos comprado un piso en Málaga. Cuando yo veo que no puedo aguantar más en esta tierra gris, me voy para allá y vuelvo nueva. Me traigo sol para una baraita. Y ese humo de las fábricas, un día y otro sin parar. ¡Qué tristeza, madre mía! ¡Vaya...! Aquí mucho verde, pero nos falta el blanco para estar como la bandera".

Manola, que te da esa imagen de

las madres de la emigración con una sola mirada, se vino con dos niños chicos. Uno tiene veinte años, la niña, diecinueve, y el tercero, que le nació aquí, doce. "Ha sido durísimo para nosotras estar en la casa y en el trabajo. Luego, el problema de los niños, que se hacen grandes y ya son casi belgas. Cuando estudian tienen que hacer mucho esfuerzo para adaptarse a la lengua, que aquí nos la han cambiado. Antes se hablaba francés y ahora el flamenco. Y estamos a sólo seis kilómetros de Bruselas. Así es que los chiquillos muchas veces tienen que doblar curso. Nosotros cuando vamos al Ayuntamiento y queremos explicarnos en francés, ni nos hacen caso. Tenemos que ir con un intérprete. Y el racismo que empieza, eso sí..."

Somos extranjeros —interviene Ani—. Y ya está, por mucho que se quiera, somos extranjeros. Y eso se nota en el trato. Nos miran así... Ya nos podíamos tirar toda la vida en Bélgica, que nos seguirían llamando extranjeros. ¡Extranjeros!".

La obsesión de muchas familias de Peñarroya en Vilvorde es comprarse un piso en las playas de la Costa del Sol. Tantos años de penumbra para romper con el sol y el mar azul del Mediterráneo.

"Yo no me moriré aquí. —repite una y otra vez Olivares—. Aunque sea tendré un pedacito para volver. Donde volvemos todos...". Y Rafael le quita yerro a la tristeza y canta: "VOLVER, VOLVER... CON LA FRENTE MARCHITA...". En el fondo de su alma, Rafael, como Carmen, Manola y Ani, tienen el corazón partido entre los humos de las fábricas, el cielo plomizo de Bélgica, la tierra que les da el pan y el trabajo y la Andalucía del Sol, la brisa y la miseria, que les quitó la libertad para lanzarlos fuera de sus fronteras.

La noche es ya un manto de agua. La llovizna incansable, como los deseos de volver. "Y VOLVER, VOLVER... CON LA FRENTE MARCHITA...". ■ A. R. E. Fotos del autor.